

## ¿DESNUDOS DE SACRAMENTOS ANTE EL AZOTE DE LA PANDEMIA?

"Donde no hay harina todo se vuelve tremolina" si bien "sangre de mártires, semilla de cristianos."

Este tiempo de confinamiento y de verdadera precariedad de medios para vivir y alimentar nuestra fe puede ser percibido como un obstáculo, como un problema, como una dificultad o por el contrario puede ser interpretado como una verdadera ocasión para buscar manantiales de agua viva que sacien nuestra sed ya que los grifos habituales no nos entregan ni una gota porque nos los han cerrado.

Siempre hablando dentro de la esfera de nuestra vida de culto, vívidas las dificultades presentes en clave de privación espiritual, ocasionarán en nosotros un malestar y posiblemente un cierto endurecimiento por la rebeldía y el enfado ante la precariedad a la que nos vemos sometidos. Sin embargo, si recordamos que "a los que aman a Dios todos les sirve para el bien" (Rom 8, 28) encontraremos en este empobrecimiento indiscutible que nos impone la crisis un crisol purificador, un kairós, un tiempo de gracia para alcanzar por necesidad un crecimiento en madurez y en experiencia de Dios al que no llegaríamos nunca por nuestra sola virtud. Llevemos toda esta reflexión a lo más querido y precioso de lo que ahora muchos están ayunos: la comunión sacramental.

La comunión diaria es un lujo que tenemos los cristianos desde hace no mucho más de un siglo. Precisamente, por la frecuencia con que celebramos la Eucaristía y recibimos la comunión sacramental sin la suficiente tensión espiritual, sin el suficiente conocimiento ni la adecuada atención a menudo, tanto clérigos como laicos, podemos convertir la celebración de lo más sagrado y la comunión en un acto epidérmico y superficial por mecánico y rutinario. "Cuando hay hambre no hay pan duro" y no es descabellado plantearse si a menudo nos acercamos al Pan santo con más costumbre que hambre de Dios.

El sacramento de la Eucaristía y la misma comunión sacramental son un medio, el más augusto de los siete medios ordinarios para darnos Dios la gracia -los sacramentos- pero al fin y al cabo un medio para alcanzar un fin: vivir en la Presencia de Dios con un corazón arrodillado que mueva nuestra voluntad, convierta nuestra conciencia y mentalidad así como ennoblezca nuestros deseos. Esta vida desde la comunión con Dios es el fin de la vida cristiana, es "la vida en Cristo" o la "vida del Espíritu" que nos enseña San Pablo, una vida que nos hará tener progresivamente, en nosotros y entre nosotros, los sentimientos propios de Cristo Jesús (cf. Fil 2, 5).

Cuando convertimos un medio, como es la celebración del sacramento de la Eucaristía, en un fin en sí mismo y no podemos pasar sin la comunión sacramental diaria o frecuente -como debían soportar los cristianos de los primeros siglos, o durante la Edad Media, o incluso hoy en tantos pueblos de "nuestra piel de toro" (antaño llamada España) o en tierras de misión en tantos lugares hoy- y hacemos a un lado otros medios "de emergencia" pero válidos como la comunión espiritual, por ejemplo, es porque podemos estar convirtiendo la

misma Eucaristía en un cómodo "diván espiritual", un fin en sí misma cuando, insisto, no lo es.

La abundancia en lo material nos convierte en derrochadores y desagradecidos mientras que un cierto grado de escasez nos hace valorar y aprovechar mucho más las cosas y con muchísima más gratitud por poder disfrutar de ellas. Esto mismo es aplicable de igual modo en lo relativo a los bienes espirituales como son los sacramentos, la presencia de los sacerdotes, la disponibilidad del templo, etc.

La Iglesia es sapientísima por la iluminación y asistencia providente e incesante del Espíritu Santo a lo largo de estos veintiún siglos de historia. Dejémonos instruir por la historia de esta buena madre que es además la mejor maestra con su palabra hoy.